



Como les contaba en la primera parte de este artículo, existe, según una tradición tibetana, un hilo invisible de color rojo que nos mantiene conectados a las personas a las que amamos o con las que hemos vivido experiencias significativas que hace que, aunque el tiempo o la distancia nos separen, permanezcamos unidas y en una misteriosa interconexión. Comunicándonos aliento y fuerza, aún sin saberlo.

Tras la muerte de mi madre, con la que tengo un vínculo especial, he aprendido a mirar la vida y la muerte desde otra perspectiva, incluso a comprender que los seres humanos **en ocasiones sufrimos más de lo necesario**. Si aceptáramos la muerte como parte de la vida, lo mismo que el sol nace y se pone cada día, sería más llevadero el ocaso de nuestro ciclo vital. Nacer y morir forman parte de los ritmos de la naturaleza. No hay que darle más vueltas. Cada día nos morimos un poquito y no por ello estamos llorando continuamente. Cada día engendramos nueva vida y sin embargo no nos alegramos a diario tanto como deberíamos.

**Sufrimos porque miramos una y otra vez el dolor que se ha instalado en nuestro sótano profundo**; bajamos a la bodega a buscar botellas de lamentos, sin darnos cuenta de que la luz entra desde la superficie y los horizontes se divisan desde las azoteas. Los discípulos de Jesús estaban encerrados a cal y canto y solo cuando abrieron las ventanas del alma y se dejaron inundar por la luz del Espíritu fueron capaces de anunciar la Vida y la Resurrección. Cuando salimos de nosotros mismos, dejamos a un lado nuestras penas.

Si nos subimos a los hombros de los difuntos, podemos ser capaces de descubrir nuevos sentimientos hasta ahora ignorados. Les recomiendo hacer el ejercicio de **ponerse en el lugar de los que ya partieron**. Me explico: si ustedes se murieran ¿qué desearían para sus seres queridos? A poquito cariño que uno tenga a la familia y amigos, incluso a los “enemigos”, sin duda lo que uno quiere es que sean felices, que no nos lloren más de la cuenta y que continúen sus vidas como si nada hubiera pasado. Porque además, realmente nadie es imprescindible.

**Nos estamos mal acostumbrando a vivir demasiado**. No es que quiera decir con esto que nos debamos morir antes, pero, tal vez, sí morirnos en mejores condiciones interiores. Ahora que los médicos consiguen prolongar los años a base de pastillas y los avances de la medicina nos hacen creer que somos inmortales, no debemos olvidarnos de que somos frágiles y limitados. No merece la pena vivir con el cuerpo lleno de química y la cabeza en lugares perdidos. **Debemos aprender a morir cuando corresponda**. Agradezco profundamente a Dios que mi madre se marchara con buena salud de cuerpo y mente, también de alma, la cual cultivó toda su vida. Sin duda murió con paz, con la certeza de haberse entregado todo lo que pudo y lo mejor que supo, de haber hilado fino para que otros tuviéramos bien tejida la vida y ,cuando llegó el momento, el hilo se acabó. Todo estaba cumplido.

**No olvidemos que nuestro dolor no es el mayor del mundo**, aunque, sin duda, es el

que sentimos y nos resquebraja. Si nos fijamos en otras situaciones, deberíamos replantearnos si más que llorar tanto no debemos agradecer las condiciones, al menos externas, en las que vivimos en el primer mundo. Las situaciones de los que mueren de hambre o sed, en la guerra o huyendo de la miseria, nos pueden ayudar a reflexionar sobre la tragedia humana de tantos millones de personas en el planeta. No se trata de comparar, ni de establecer niveles, pero sí de valorar que algunos, incluso para morirnos, somos afortunados.

(Continuará ...)

Juan Carlos Prieto Torres  
jukaprieto@hotmail.com

*agosto 2017*